
LA HISTORIA DE DANIEL

Alfredo Montoya

La segunda novela de Miguel Espinosa —La tríbada falsaria— se cierra con siete glosas, dos anónimas, atribuidas las demás, sobre Damiana y Lucía, protagonistas femeninas de la obra.

Publicada ya ésta, el autor pidió a Alfredo Montoya (que en el censo de personajes con que la novela se abre es definido «amigo de Juana y de Daniel») un comentario más, destinado a una posible segunda edición.

Fue cumplido el encargo, discurrendo, no sobre Damiana y Lucía como hicieron los anteriores comentaristas, sino sobre Daniel, por reputarlo personaje el más principal de la obra.

He aquí el texto que Miguel recibió de su amigo y que leyó, según testigos, con graves signos de asentimiento.

I

Daniel es llamado con muchos nombres: amante, hombre, indagador, asustado, ajusticiado, voz desde el tormento, investigador, aturdido, espectador, parvulito, arrobado, abandonado, zozobranter, loco desdoblado, desesperado, inmolado, suplicado, sabio, insano, pobre, sordo y ciego, atemorizado, frustrado, inteligente, implacable, inmundamente ansioso, querido, loco cruel, cruelísimo, maligno, hundido, hombre escondido al mundo, arropado, protegido, individuo que torturara una alimaña (y) descubijara la nidada de insectos, condenado relator, infierno, amador, irresponsable, culpable, obseso, corresponsal imposible, perezoso, pensaroso, reflexivo, niño, víctima, místico, santo y sabio, Diablo, tentador, pajarito, loco, condenado, visionario, tímido, amigo, inacabable, amado, derrotado, aplastado, fascinado, ofuscado, obsesionado, amigado de ocho y más años.

II

Daniel muestra muchas disposiciones y afecciones:

Daniel actúa falso, simula viajes y ausencias, pega su oído a paramentos, espía. Adivina, descubre, insulta, se extraña, intuye mentiras, siente acrecer sus pulsos, indaga el lugar de un convite, advierte mentiras, ve disminuir el valor de su yo, vislumbra siniestras conexiones, se enturbia y teme, acecha resueltamente, recorre restaurantes, tiene encuentros, columbra mentiras, descubija mentiras, amenaza, recibe cartas, se esconde bajo escaleras, espía otra vez, atiende llamadas telefónicas, propone contratar un conductor, se ruboriza entre angustias, injuria, se siente ajusticiado, accede a una entrevista, ve diferentemente el pasado y se aterra, se hunde en desolación, experimenta asco, conferencia, es cierto del continuo mentir de su estrellita, descubre que lo feo nos embelesa y traba, reflexiona, desvela falsedades y trapisondas, visita al médico que le diagnostica isquemia subepicárdica postero-inferior, hace encargos a José López Martí, enjuicia interminablemente la historia, se angustia, se apaga, imagina, se bisbisa a sí mismo como loco desdoblado, deposita escritos, suplica. Telefonea, injuria, visita, pregunta, fustiga, plantea, piensa, enseña el diagnóstico, se deja conducir a su retiro, el horror llena su pensamiento, desespera, tiembla en la vigilia y se asusta en el sueño, espía, vigila, se quiere mostrar, grita, pulsa un timbre, derriba una puerta, invade un recinto, ve, piensa, observa, abofetea, rompe objetos, pisa vidrios y trozos de cerámicas, inventa ficciones que emanan seducción y belleza, pone en los seres

significaciones y acaba por depender de ellas, escribe cartas, conjetura, queda frustrado, dedica un escrito a una muerta, quiere vengarse, odia, delira, no sabe cómo curarse, grita, atormenta, se embelesa en el asco, glosa sin cesar, define el infierno, es iluminado por el odio, sufre la acedia y desencanto, recibe dinero para un convite, describe exacto sus transtornos corporales, define la crueldad, pugna por encontrar en su amante pasión y hado, experimenta visiones, es aborrecido por los hombres y las mujeres, dice que su tristeza acrece a la caída de la tarde, siente desamor hacia el mundo, no se posee a sí mismo, expone sucesivos pasmos.

III

¿Cuál es la historia de Daniel, cuyos son los nombres, las disposiciones y las afecciones descriptos según la crónica de su primer comentador?

¿Es una historia de pugna teológica entre el bien y el mal? ¿Es sólo un suceso cotidiano? ¿Es la historia de una locura, llamando tal al «tener pasiones más fuertes y vehementes por cualquier cosa que lo que ordinariamente se ve en otros» (Hobbes: Leviathan, VIII)? ¿Trata de un justo a quien visitó la iniquidad? ¿Trata de un poseído del mal a quien cuanto acaece, por acaecerle a él, se muta en protervo? ¿Trata de un hombre horrorizado a quien cuanto acaece, por acaecerle a él, se muta en horror? ¿Trata de un hombre del común a quien adivino el horror? ¿Trata de un hombre del común al que acontecen sucesos cotidianos, siendo así que lo protervo y horroroso son tuétano de lo común y cotidiano?

Antes que otra cosa, Daniel es *homo absconditus*, hombre místico oculto al mundo y que odia a lo mundano, diaria vestidura de lo infernal. Siendo hombre interior, la exterioridad —el mundo— agita, confunde y lancina a Daniel. No sabría decir si son azar o necesidad las heridas que el mundo le inflige; mas no dudo en pensar que la mundanidad, enemiga del alma, le acuitó antes del Horrible Episodio, y después de ocurrido le seguirá agraviando. El Episodio es hórrido en Daniel y para Daniel: las criaturas que le dañan no son el mal, ni siquiera malignas; prestan sus actos a la necesidad o al azar que han dispuesto el martirio del hombre, y de la forzosa o casual circunstancia son instrumento ignorante y ciego. Está ordenado que Daniel more en valle de lágrimas, no siendo de este mundo su reino. Busca con sufriente mirar la luz justa sin hallarla, hombre interior. El Suceso Ominoso traduce, sin otra mayor relevancia, la execrable calamidad que es el mundo.

Hombre interior, la tristeza de Daniel acrece a la caída de la tarde; toma quizá entonces la tinta verde y las hojas alargadas y escribe: «El ser no es bueno /ni bello ni verdadero / todo sobra». Quizá entonces el hombre interior baja a su mayor desventura, y se sabe mundo; condenado, relata su pena, pues está escrito que «nadie narra del infierno sin ser también infierno».

En la declinación del día, cuando crece la línea de sombra en su rostro inmóvil, imaginamos a Daniel aposentado en la congoja, entregado al recuento inacabable de gestos, culpas y suposiciones, escrutador sin fin de lo mundano y de sí propio. Sí: Daniel es el hombre interior, es el hombre victimado, pero también el hombre que inquiere sin cesar. Daniel es el que quiere saber, el que sabe. He aquí la última fuente de su desdicha.